

## La economía mexicana hacia finales del siglo xx

### Política económica

DURANTE LOS últimos 30 años se aplicaron en México políticas liberales, fundamentalmente de dos tipos. Bajo los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo (1970-1982), intervencionistas y desarrollistas, de corte keynesiano; y en los tres últimos gobiernos, de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo (1982-2000), políticas neoliberales aperturistas que llevaron al primer plano la desregulación, la privatización, la reducción del gasto público y la integración subordinada a los Estados Unidos.

El gobierno de Echeverría anunció una nueva política económica de “desarrollo compartido” con justicia social, mas lo cierto es que el viejo desarrollo fue sustituido por uno nuevo –populista– y aunque a menudo se exaltaron el nacionalismo y la democracia, a la postre todo quedó en la ilusión de lograr un capitalismo “humano” y “justo”, y lejos de que la economía mexicana se fortaleciera y las condiciones de vida de la gente mejoraran sensiblemente, se registraron serios desajustes. Por ejemplo, no creció la inversión, los precios subieron tres a cuatro veces más de lo que el gobierno esperaba, el déficit fiscal se acentuó, el comercio exterior registró un saldo muy desfavorable; se crearon al vapor numerosas empresas estatales, no pocas de ellas innecesarias o inviables, y la deuda tanto interna como externa aumentó como nunca antes.

Para responder al descontento que la represiva política de Díaz Ordaz había generado, Echeverría habló de la necesidad de una “apertura democrática”. Pero las viejas estructuras y prácticas antidemocráticas –con el PRI y el corporativismo a la cabeza–, siguieron en pie, y los estudiantes y otros grupos que reclamaban libertad y respeto a sus derechos, no los consiguieron e incluso fueron reprimidos, concretamente en 1971.

A punto de terminar su administración, Echeverría expropió algunas tierras en el valle del Yaqui, en Sonora, y el gobierno quiso dar la impresión de que la reforma agraria, por mucho tiempo olvidada y aun traicionada, cobraba vida de nuevo. Lo cierto es que fue una medida aislada y que los principales latifun-

distas no fueron afectados, algunos medianos perdieron sus tierras, y a todos se les pagó rápidamente una jugosa indemnización.

Acaso el aspecto más positivo de la política de Echeverría fue su orientación tercermundista, frente en el que destacaron la solidaridad con el gobierno progresista de Salvador Allende en Chile, el apoyo al Nuevo Orden Económico Internacional y la activa participación en la elaboración y aprobación de la Carta de Derechos y Deberes de los Estados. Y aunque al debatirse en la Asamblea de la ONU estos dos proyectos sólo Estados Unidos y otros cinco países los rechazaron, ello bastó para que ninguno de ellos se llevara a la práctica.

Al concluir la gestión de Echeverría las cosas se complicaron. En efecto, el peso se devaluó, las reformas no cumplieron su cometido, la supuesta “economía mixta” y el creciente estatismo no lograron superar las limitaciones y fallas estructurales del capitalismo del subdesarrollo, la unidad entre las fuerzas que apoyaban al régimen se quebrantó, y a los desequilibrios internos se agregó el impacto de una crisis económica internacional, que en definitiva comprobó que la larga fase de expansión y relativa estabilidad de la economía mundial posterior a la segunda guerra, había llegado a su fin.

Desde su inicio, el gobierno de López Portillo dejó sentir que no mantendría la política del anterior porque la crisis de fin de sexenio demostraba su ineficacia. A partir del Plan Nacional de Desarrollo Industrial y del Plan Global posterior, lo que se perseguía era realmente ambicioso. Entre otras cosas se anunció que se reduciría grandemente la inflación y la deuda externa; que se corregiría el déficit fiscal y la balanza de pagos, e incluso que el PIB crecería en forma sostenida hasta finales del siglo, a razón de 10 por ciento al año en términos reales, y que en pocos años se acabaría con el desempleo y el su bempleo.

El pilar principal de esa política fue el auge petrolero y en menor medida la rápida expansión de otras actividades, y entre 1978 y 1981 se logró que la economía mexicana creciera alrededor de 8 por ciento al año. En 1982, sin embargo, cuando algunos “alegres” funcionarios aseguraban que la deuda externa no era excesiva y que podría pagarse sin dificultad, el castillo de naipes se derrumbó, y el país tuvo que declararse en suspensión de pagos. La crisis, que se suponía superada, reapareció; y mientras la producción, el ingreso y el empleo se contraían, el desequilibrio externo se agravaba, cuantiosos capitales salían del país y la devaluación del peso se volvía incontenible.

El gobierno de López Portillo no contemplaba la nacionalización de la banca; pero cuando algunos banqueros criticaron su política y alentaron la especulación, la dolarización y la fuga de capitales, López Portillo decidió expropiar y estatizar la banca privada, lo que hizo que la inconformidad y la desconfianza de los empresarios se extremaran.

Lo que más contrastó bajo ese gobierno es que mientras en la práctica los problemas se multiplicaban, de palabra se insistía que el país estaba al borde de una prosperidad sin precedente. En realidad se hacía gala de un exagerado triunfalismo, que incluso pedía a la gente acostumbrarse a “vivir en la abundancia”, no obstante que los hechos indicaban lo contrario.

El año 1983 fue muy difícil para la economía mexicana. El auge petrolero quedaba atrás; el PIB caía casi 5 por ciento; la deuda seguía creciendo, los reclamos de los acreedores eran cada vez más perentorios, y no sólo numerosas empresas pequeñas y medianas se debilitaban y aun desaparecían sino que un buen número de los más poderosos grupos empresariales se hallaban técnicamente en quiebra. Entre otras sufrieron cuantiosas pérdidas Alfa, Visa, IEM, SyR, San Cristóbal, y en las empresas estatales, la situación fue muy difícil para los Ferrocarriles, Conasupo, Sidermex, Diesel Nacional y las compañías de aviación.

De la Madrid no simpatizó con la nacionalización de la banca, y de inmediato autorizó a los particulares a absorber hasta el 34 por ciento del capital de los bancos, y dejó como empresas privadas –por no considerarlas propiamente bancarias– a compañías de seguros, casas de bolsa y de cambio, arrendadoras y otros negocios que los bancos controlaban y a los que se dejó en entera libertad y aun se apoyó de diversas maneras.

El principal instrumento del gobierno a partir de 1983 fue el Programa Inmediato de Reordenación Económica (PIRE), con el que se pretendía restablecer la confianza de los empresarios, superar la recesión, mantener los pagos de la deuda al corriente y apoyar, sobre todo, a algunas grandes empresas para hacer frente a la crisis, a la caída de la demanda y al rápido y cuantioso incremento de sus deudas, que la devaluación contribuía a agravar.

Para ayudar a esas empresas se creó el fideicomiso llamado FICORCA, a través del cual el gobierno facilitó a unos cuantos grandes empresarios 11,600 millones de dólares, que adquirieron a buenos precios y pagando en pesos. Y gracias a ese importante apoyo renegocian y pagan sus deudas, y algunas empresas empiezan a reestructurarse, y salen adelante.

El otro instrumento de esa política económica fue, según el gobierno, el Plan Nacional de Desarrollo, y en realidad los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional para llevar a cabo ciertas reformas “estructurales”, que de hecho resultaron conservadores ajustes, en el marco de los neoliberales “programas de ajuste estructural”.

Hacia mediados del sexenio era ya bien claro que la política económica consistía principalmente en una apertura comercial y financiera sin precedente, en la que se eliminaron los permisos de exportación, se redujeron aranceles y se afilió a México al GATT; y además se optó por una política monetaria contraccio-

nista, se abandonó el control de precios y se dejaron éstos al mercado; se dieron crecientes facilidades al capital extranjero; se buscó corregir el déficit comercial sobre todo reduciendo importaciones para facilitar el pago de la deuda externa; empezaron a privatizarse numerosas empresas estatales, persistió la inflación, se despidió a centenares de miles de trabajadores y mantuvo una política de salarios reales a la baja.

Pese a que durante esos años se habló insistentemente de restablecer la estabilidad y el desarrollo, México no tuvo ni una ni otro. La inflación se intensificó, y en vez de crecimiento económico hubo en realidad estancamiento.

En 1985, la situación se volvió más difícil debido a un hecho inesperado: el devastador terremoto del 19 de septiembre, que afectó sobre todo a la ciudad de México.

Se carece de estimaciones precisas acerca de las pérdidas de capital que la crisis económica produjo, sobre todo, entre 1983 y 1987. Pero a juzgar tan solo por los millares de empresas que quebraron y los graves tropiezos de muchas otras, deben haber sido muy cuantiosas. A ello se añadió el terremoto, del que en un momento dado se mencionó que había costado 3,600 millones de dólares, cifra que se antoja inferior al monto de los daños reales. Bastaría recordar que el sismo destruye centenares de edificios y miles de viviendas se abandonan por estar muy dañadas o ser peligroso seguir en ellas; dejan de funcionar varios grandes hoteles –como El Prado, Regis, Alfer, Alameda, Continental-Hilton y otros–, y sufren también serios daños numerosas industrias, comercios, escuelas y otros giros. Incluso se ha dicho que perecen alrededor de 10,000 personas, entre quienes hay muchos hombres y mujeres jóvenes, profesionistas, técnicos y trabajadores, a los que tomó años de esfuerzo y enormes recursos preparar.

Hacia finales del sexenio era evidente que la política económica había fracasado y que las cosas, sobre todo para la mayoría de la población, iban mal. Y, como en otras ocasiones, al advertir el gobierno que sus bases sociales se debilitaban y que ello era muy riesgoso en vísperas de una sucesión presidencial, se promovió esta vez un Pacto de Solidaridad Económica en el que, a la manera corporativa y antidemocrática tradicional, se buscó el acuerdo con empresarios y trabajadores, al menos para aliviar la inflación y reducir la deuda externa y el descontento popular.

A las dificultades económicas mencionadas, en 1988 se añade un serio problema político. Las elecciones anteriores, en las que siempre triunfaron los candidatos oficiales del PRI –o sea, los escogidos por el Presidente de la República en turno–, si bien se sabían antidemocráticas e irregulares, no fueron seriamente objetadas. En 1988, en cambio, precisamente porque cuando se conta-

ban los votos el sistema de cómputo “cayó”, o sea, dejó de funcionar porque la gran votación a favor de Cuauhtémoc Cárdenas hacía temer una derrota del partido del gobierno, se extendió la opinión de que el “triunfo” de Salinas era inventado y fraudulento.

El nuevo gobierno no anunció cambios importantes en su política, la que, sin embargo, fue más antidemocrática y represiva. Repitió que combatiría la inflación, aceleraría la privatización de empresas antes públicas, renegociaría y reduciría la deuda externa y promovería la exportación no petrolera; y la apertura comercial y financiera ya muy avanzada –y a menudo unilateral– fue uno de los principales rasgos de la política salinista. Debido a ello el capital extranjero entró al país como nunca antes y las importaciones aumentaron con rapidez.

Bajo el gobierno salinista la producción empezó de nuevo a elevarse, aunque a ritmo muy inferior al de los años setenta. Y debido sobre todo al mayor comercio exterior y a la creciente afluencia de capital de otros países, empezó a cobrar fuerza un nuevo triunfalismo, que acompañado esta vez de gran publicidad incluso internacional, ahora ofrecía convertir a México en poco tiempo en un país del primer mundo, esto es, una economía altamente desarrollada, tecnológicamente al día y de elevado nivel de ingreso.

A punto de terminar la gestión salinista, los hechos comenzaron de nuevo a imponerse a las palabras. Las contradicciones y problemas más graves no estaban desde luego, resueltos. La inversión externa que entraba al país atraída por los altos intereses y porque, en particular los tesobonos eran valores pagaderos en pesos pero al tipo de cambio correspondiente, al devaluarse una vez más la moneda se volvieron un factor de tremenda presión que reclamó miles de millones de dólares, y el solo enorme déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente –alrededor de 28,000 millones de dólares– fue un indicador de la precaria situación económica. A todo lo cual se añadió mayor corrupción. El solo hecho de que un hermano del presidente Salinas –ligado al gobierno– resultara propietario de decenas de bienes raíces en México y de centenares de millones de dólares en bancos extranjeros, comprobó que la privatización fue a menudo una fuente de negocios sucios y de enriquecimiento ilícito.

Apenas instalado el gobierno del presidente Zedillo el déficit resultó insostenible y el peso se devaluó, según algunos debido a los “errores de noviembre”, o sea, del gobierno de Salinas en sus últimos días, y según otros, a los “errores de diciembre”, es decir, del nuevo gobierno. Lo cierto es que hubo de ambos y ello significó un profundo quiebre, la ilusión de prosperidad se derrumbó y el país cayó en una profunda crisis que agotó rápidamente la reserva de divisas, devaluó de nuevo el peso, redujo el producto interno bruto (PIB) en más de 6 por ciento en sólo un año –y la industria de la construcción sufrió un des-

plome de 23 por ciento– volvió a elevarse la tasa de inflación, llevó a la quiebra a millares de pequeñas empresas y desempleó a centenares de miles de trabajadores.

La fuerte caída de la actividad económica en 1995 habría seguramente sido más larga, pronunciada y difícil, de no haberse contado con el excepcional paquete financiero –de poco más de 50,000 millones de dólares– con que el gobierno de Estados Unidos, el FMI y otros organismos internacionales apoyaron a México, aunque como el presidente estadounidense Clinton lo repitió una y otra vez, lo que movió al gobierno de Estados Unidos fue el interés en evitar que la crisis mexicana se extendiera y afectara gravemente a otros países, y, sobre todo el empeño de proteger a las grandes empresas estadounidenses que comerciaban con México y a poderosos inversionistas, también de Estados Unidos, que sin ese apoyo habrían sufrido enormes pérdidas.

A partir de 1996, las dificultades empezaron a remontarse, y en el curso de los cinco años siguientes aumentó la producción más que en los dos sexenios anteriores, se elevó la inversión, se redujo el déficit de la balanza de pagos y crecieron grandemente tanto exportaciones como importaciones, hubo un menor aumento de la deuda externa, el peso fue menos inestable después de la devaluación de 1995 y disminuyó apreciablemente la tasa de inflación; pero todo ello no fue suficiente para que las condiciones de vida de la mayoría de los mexicanos mejoraran. Lo cierto es que el parcial reequilibrio macroeconómico no se expresó en el bienestar para las familias que el presidente Zedillo había ofrecido, que los salarios y el nivel de empleo siguieron bajando, la pobreza y la corrupción se extendieron y la dependencia de México, en particular de Estados Unidos, se acentuó no sólo en términos comerciales y financieros, sino porque la política económica toda se decidió cada vez más, desde Washington, bajo la influencia de los poderosos organismos financieros internacionales.

A punto de concluir el año 2000 tomó posesión de la Presidencia de la República, Vicente Fox, gracias al primer triunfo de un partido político de oposición, en mucho tiempo. Probablemente algunos lectores desearían que opináramos sobre la política económica del nuevo gobierno, pero ello sería no sólo apresurado sino riesgoso e inaconsejable.

Vicente Fox triunfó en las elecciones presidenciales del 2 de julio, a mi juicio, debido a una peculiar y contradictoria conjunción de fuerzas, entre quienes quieren que la política continúe siendo fundamentalmente la misma y quienes reclaman y están convencidos de la necesidad de un cambio.

Ahora el Presidente y su gobierno tendrán que enfrentarse y tratar de resolver esa compleja contradicción, y dado el tipo de personas a quienes escogió el presidente Fox como los más altos funcionarios, podría pensarse que, con-

cretamente en la economía habrá más continuidad que cambio, ya que incluso varios prominentes funcionarios se han confesado neoliberales y han declarado que no será fácil superar lo que en materia económica hizo el gobierno priísta de Zedillo.

A partir de que el PAN es un partido en buena medida neoliberal, y de que el capital extranjero simpatiza también con esa política, podría suponerse que mucho seguirá más o menos igual que hasta ahora. Y aparte de que ello dejaría seguramente inconformes a quienes votaron no sólo por la alternancia sino por un cambio de fondo, tropezaría con la dificultad aún mayor de que esa conservadora política económica no ha resuelto los más graves problemas ni los resolverá en el futuro, y no permitirá que Fox cumpla con lo que ha ofrecido en cuanto a desarrollo, estabilidad, empleo y combate efectivo de la pobreza que hoy aqueja a millones de mexicanos.

La situación a la que Fox se enfrenta entraña todo un reto, y muy pronto veremos en los hechos y no sólo en las palabras, lo que sucede. Entonces blemas económicos son también sociales y políticos, y no de aquellos que puede resolver un empresario privado neoliberal, y menos todavía un habilidoso gerente de ventas, y por otro lado, que si como es de temerse, la solución a nuestros más graves problemas se busca a través de la inversión extranjera y en una cada vez mayor dependencia de Estados Unidos, dichos problemas no se resolverán y aun pueden agravarse.

#### Principales tendencias económicas en cifras

No abrumaremos al lector con demasiadas cifras; pero conviene precisar lo que han significado, en magnitud, los principales cambios en la economía mexicana.

Entre 1970 y 1977 el PIB crece desigualmente, en general, entre 5 y 6 por ciento al año, o sea, menos que en los años previos. De 1978 a 1981, en buena parte gracias al auge petrolero, el producto interno aumenta a razón de poco más de 8 por ciento anual. A partir de 1982 la situación cambia y la producción cae fuertemente; en 1983, en particular, el PIB se reduce 4.7 por ciento, y en los años siguientes, hasta 1988, el crecimiento es mínimo –inferior al 1 por ciento anual–, lo que hace bajar sustancialmente el ingreso por habitante. De 1989 a 1994 la producción se recupera levemente –alcanza cerca de 3 por ciento en promedio– aunque de manera inestable y sin llegar a los niveles de años anteriores. En fin, en 1995 se sufre una caída sin precedentes, de más del 6 por ciento, y de 1996 al año 2000 hay cierta recuperación, correspondiendo el mayor crecimiento –alrededor de 7 por ciento– a este último año.

En el mismo lapso la formación bruta de capital oscila, hasta 1977, alrededor del 20 por ciento del PIB; de 1978 a 1981 se eleva y alcanza el 24.9 por ciento; en 1983 se desploma al 16 por ciento; a partir de entonces se recupera lentamente; en 1987 vuelve a caer, y al finalizar el gobierno de Zedillo es todavía inferior a la cifra antes mencionada, de 1981. Y si se repara en la inversión neta, que desde luego es la que más importa, las cosas son más desfavorables, porque aumenta la depreciación.

Aun en los años en que la producción crece lentamente y no sufre el peso fuertes devaluaciones, la inflación se deja sentir, y ya en 1976 el alza de los precios es significativa. Pero los mayores desajustes se registran entre 1980 y 1988, en los que alcanza cifras récord la elevación de los precios. En años posteriores la inflación se agrava de nuevo en 1995-1996, y del año siguiente al 2000 los precios suben menos, pero también considerablemente, y los salarios de los trabajadores siguen siendo muy bajos, incluso inferiores a los de antes de los años ochenta.

Desde la década de los setenta se incrementa en forma apreciable el comercio exterior, aumentando especialmente las exportaciones, aunque a la postre la balanza comercial es deficitaria y durante varios años la relación de intercambio es también muy desfavorable. De 1982 a 1989 el comercio internacional exhibe un superávit, que obedece en realidad a que las importaciones se reducen bajo la presión del Fondo Monetario, los acreedores que reclaman el pago de lo que se les adeuda y las políticas restriccionistas, ya neoliberales. En los años siguientes continúa incrementándose el intercambio con el exterior y cambia sustancialmente su composición. La exportación de petróleo crudo, que en 1982 alcanza cerca de 16,000 millones de dólares, en 1985 apenas llega a 5,580.2 millones. La de manufacturas, en cambio, aumenta con rapidez, y entre 1982 y 1991 pasa de 3,386.0 a 16,808.3 millones de dólares debido principalmente a que tan solo entre 1985 y 1991 la exportación de automóviles se eleva del 1.7 al 21.7 por ciento de las exportaciones manufactureras; la de motores para automóviles, en sólo cuatro años (1981 a 1985), representa el 1.8 por ciento y el 15.5 por ciento del total, respectivamente. Las ventas al exterior de autopartes, se reducen por su lado del 6.2 por ciento en 1980 al 2.3 por ciento; las de maquinaria y aparatos eléctricos se duplican del 0.7 por ciento al 1.5 por ciento entre 1988 y 1991, en tanto que la exportación de camarón congelado declina del 11.3 por ciento al 5.8 por ciento entre 1980 a 1984, y a solamente 1.3 por ciento en 1991.

Del lado de las importaciones, sobre todo entre 1981 y 1986-1987 hay un fuerte descenso. Pero de ahí a 1991 aumentan en particular las compras de bienes intermedios, y en segundo término, en una proporción similar, las de bienes

de capital y de consumo. El grueso de las exportaciones –92.9 por ciento en 1991– son manufacturas, y de ellas, los principales productos son químicos, alimentos y bebidas, siderúrgicos y productos textiles y de cuero. El crecimiento es muy rápido de 1994 al 2000. Entre el primero de esos años y 1999, la exportación pasa de poco más de 44,000 millones de dólares a 136,703, y la importación de alrededor de 70,400 a 142,073 millones; y mientras en 1980 las manufacturas sólo representan poco más del 20 por ciento de la exportación total, en 1999 superan ya el 90 por ciento. Del lado de la importación, la que más pesa es la de bienes intermedios, aunque también aumenta la de bienes de capital e incluso de artículos de consumo.

En el comportamiento de la balanza de pagos influyen grandemente la deuda externa y la inversión extranjera. En cuanto a la primera, que se incrementa con celeridad desde los años setenta al superar los 50,000 millones de dólares en 1980, en 1994 alcanza 136,000 millones y 163,300 millones, en 1999. Y la inversión extranjera, directa y de cartera, que en 1980 era sólo de poco más de 8,400 millones –saldo acumulado–, en 1992 se estimaba ya en 72,695 millones, y en cerca de 181,000 millones, en 1999.

Cabe recordar que la deuda externa aumenta rápidamente, a pesar de que los pagos por amortización de capital e intereses son muy cuantiosos. Por ejemplo, tan solo entre 1988 y 1994 esos pagos alcanzan en conjunto más de 81,000 millones de dólares, y aun así la deuda sigue creciendo, lo que da cuenta de la severa presión que ejerce y de los enormes recursos que sustrae.

Por lo que hace a la inversión extranjera, tradicionalmente predomina la directa, que tan solo en 1989 y 1991 alcanza, respectivamente, 2,913.7 y 9,897.0 millones de dólares; pero en los últimos años cobra gran importancia la inversión de cartera que se hace a través del mercado de valores. En efecto, mientras en 1991 dicha inversión representa –valor acumulado– unos 18,500 millones de dólares, en 1999 supera los 66,600 millones.

Ligado a la inversión extranjera, el sector de las empresas maquiladoras es, sin duda, de los que más crece. En un reciente estudio, Josefina Morales recoge algunas cifras significativas. Entre 1980 y 1998, a precios de 1993, mientras el PIB nacional aumentó a razón de 2.4 por ciento al año, las empresas maquiladoras lo hicieron en 13.9 por ciento anualmente, y a un ritmo análogo se elevaron el número de trabajadores y el valor agregado. En un principio casi todas las empresas utilizan instalaciones provisionales poco costosas, son altamente intensivas de mano de obra y su inversión de capital es pequeña. Actualmente, en cambio, como señalan Jorge Carrillo y Alfredo Hualde, de El Colegio de la Frontera Norte, “...se está conformando un tipo distinto de empresas maquiladoras o de tercera generación, constituido por centros de investigación, diseño

y desarrollo... a partir del aprendizaje logrado particularmente en la segunda generación...". Y todo ello modifica el proceso productivo, el nivel y la composición del capital y el carácter de la fuerza laboral. Seguramente sorprenderá a muchos saber, por ejemplo, que mientras en 1980 el personal técnico de las maquiladoras era de solamente 10,828, en 1999 llegaba ya a casi 148,000.

A la fecha la industria maquiladora se acerca a 3,500 establecimientos en los que trabajan cerca de 1.4 millones de personas, en un principio fundamentalmente mujeres jóvenes, pero en años recientes cada vez más hombres, muchos ya con cierta calificación. Y lo que no deja de ser revelador, a la vez que explicable motivo de inquietud es que junto a cambios que entrañan indudables avances del proceso maquilador, el peso del capital extranjero sigue siendo muy grande, las condiciones de trabajo del todo insatisfactorias, y los salarios, en particular, inclusive de los más bajos del mundo.\*

El peso mexicano tuvo un tipo de cambio estable –de 12.50 por dólar– desde 1954 a 1976. A partir de este año empezó a bajar, y lo que al principio fue una sustancial devaluación, pronto se volvió un verdadero desplome. En realidad, en sólo 10 años –digamos de 1981 a 1991– el peso baja de alrededor de 26 a 3,000 por dólar, habiendo sido 1982, y de 1984 a 1989, los años más difíciles.

Coincidiendo con los fuertes aumentos de los precios y la rápida caída del peso, las tasas de interés se elevan con rapidez, sobre todo entre 1986 y 1988, en que se disparan al subir cerca de 31 por ciento en 1987, 52 por ciento al año siguiente y 33.5 por ciento en 1989, lo que determina que al cierre de 1988 el tipo de interés anual exceda de 150 por ciento.

En 1993 se decide quitar tres ceros a todos los indicadores económicos, lo que hace que el tipo de cambio de 3,000 pesos por dólar se convierta de golpe en  $3 \times 1$ . Pero los ingresos y todas las demás cifras bajan en la misma proporción; y entre diciembre de 1994 y los meses siguientes el peso cae de nuevo, ahora de poco más de tres a cinco y seis nuevos pesos por dólar, y en los años siguientes hasta  $10 \times 1$ , para recuperarse ligeramente –entre 5 por ciento y 6 por ciento– en el 2000. Y al iniciarse el 2001, bajo la presión de un mayor déficit en la balanza de pagos y las perspectivas de desaceleración de la economía de Estados Unidos, el peso –sin duda sobrevaluado– empieza de nuevo a perder terreno frente al dólar.

Otro indicador que se modifica grandemente en el lapso considerado es la cuenta pública. En una primera fase se elevan con rapidez los gastos, y sobre todo el gasto corriente, lo que trae consigo un fuerte e insostenible déficit pre-

\* Véase El eslabón industrial. Cuatro imágenes de la maquila en México, Libro colectivo coordinado por Josefina Morales, Nuestro Tiempo, México, 2000, pp. 21-42.

supuestal, de alrededor de 16 por ciento del PIB, en 1987. Más tarde, aunque los ingresos no aumentan al ritmo necesario debido fundamentalmente a la falta de una reforma fiscal que eleve el coeficiente impositivo, el gasto se contrae, y ello permite eliminar el déficit o reducirlo al mínimo.

La deuda interna, por su parte, se incrementa grandemente en el periodo considerado, creciendo tanto la pública como la privada. La primera lo hace sobre todo a partir de 1985, en que alcanza poco más de 10,500 millones de pesos. De ahí se dispara al llegar a 163,188 millones en sólo cinco años, o sea al cierre de 1990. De entonces a 1993 declina apreciablemente; después vuelve a elevarse, y en 2000 su saldo es de 606,182.2 millones.

En cuanto a su composición, es decir el tipo de valores que la integran, entre los principales destacan los bondes, los cetes y en algunos años los tesobonos.

A menudo se ofrece aumentar el nivel de empleo y mejorar los salarios, mas lo cierto es que no se hace una ni otra cosa. En realidad la ocupación se eleva en algunas actividades y disminuye en otras, incluso de aquellas que crecen, como ocurre en la industria manufacturera, debido a la mayor productividad y los despidos de numerosos trabajadores. Por lo que hace a los salarios, la mayor reducción se registra en los años ochenta, y si bien posteriormente hay cierta recuperación, aun entonces no se alcanzan los niveles de años atrás.

En fin, la actividad del sistema bancario y del mercado de valores se incrementa grandemente, aunque no sin serios problemas. El financiamiento de la banca en su conjunto crece en los primeros años noventa hasta cifras sin precedente; pero debido a la inestabilidad, al lento crecimiento económico, la severa competencia externa, el debilitamiento de numerosas empresas y las excepcionales tasas de interés, aumenta con rapidez la cartera vencida –por ejemplo, solamente de 1988 a abril de 1994 se eleva de 2,089 a 55,800 millones de nuevos pesos–, y aun los bancos más importantes enfrentan graves problemas, lo que hace que el gobierno recurra al expediente de “Fobaproa” y los apoye generosamente con gigantescas cantidades de dinero –alrededor de 800,000 millones de pesos– que benefician a no pocos banqueros y deudores que proceden de manera deshonesto e incluso delictuosa. Y aunque el rescate sólo apoya directamente a los bancos y sus clientes, al proponerse que el déficit bancario y el aporte del gobierno se conviertan en deuda pública, queda bien claro que el alto precio de múltiples malos negocios y operaciones irregulares, en las que ellos no intervinieron, lo pagarán todos los mexicanos.

En el mercado de valores llama la atención que aun en años en los que la actividad económica crece lentamente, el valor de mercado de las acciones cotizadas en bolsa se eleve con rapidez debido a la especulación, lo que ya en varias

ocasiones, como sucedió sobre todo en octubre de 1987, ha provocado fuertes bajas, que en un momento dado pueden incluso ser mayores y traer consigo enormes pérdidas a millares de inversionistas.

### Reestructuración de la economía mexicana

Con frecuencia se señala que nuestra economía se reestructura en los últimos años; pero a menudo no queda claro en qué consiste tal proceso. Al referirme a él en estas páginas, con insuperables limitaciones de espacio, lo más probable es que tampoco yo logre precisar lo que ha sido y cómo se desenvuelve. Aun así me ocuparé de él porque creo que es necesario para entender lo que acontece y para enfrentarnos con éxito a los más graves problemas.

Un frecuente error consiste en pensar que la reestructuración es más de palabra que de hecho; otro, que se da sólo en el ámbito de la política económica y se limita a los conservadores ajustes y “recetas” del FMI y del Banco Mundial. Lo cierto es que desborda a la política y va también más allá de los “programas de ajuste estructural” de los organismos financieros internacionales.

Podría decirse que la reestructuración, que desde luego no es privativa de la economía mexicana sino en más de un aspecto inclusive de alcance mundial, tiene entre sus principales características las que siguen:

- cambian el proceso productivo y las formas de organización –en particular de las grandes empresas y sobre todo de aquellas que forman parte de poderosos grupos– debido principalmente a la introducción de nuevas tecnologías –especialmente de la información–, y el propósito de reducir costos y elevar la tasa de ganancia, lo que a menudo se hace a través de la llamada “reingeniería” de las empresas y dejando producir a terceros –outsourcing– lo que antes ellas controlaban;
- se modifica el funcionamiento del Estado y del gobierno, y sus formas de intervención en la economía, y se reducen el sector público y su inversión;
- aumenta la importancia relativa de la inversión privada y en particular de la inversión extranjera;
- hay una creciente apertura comercial y financiera, así como una cada vez mayor movilidad del capital, de la tecnología e incluso de la fuerza de trabajo, lo que contribuye a internacionalizar la economía;
- las grandes empresas y los más fuertes grupos empresariales, ahora a menudo estrechamente ligados al capital transnacional, adquieren mayor fuerza, en tanto millares de pequeñas empresas se debilitan y aun quiebran y desaparecen;
- las empresas maquiladoras, en su mayor parte extranjeras, como ya vimos, se multiplican y adquieren creciente significación;

- se altera la división internacional del trabajo, y en el caso de México crecen con rapidez la exportación de manufacturas y la importación de bienes intermedios y de capital;
- del lado de la fuerza de trabajo aumenta la población económicamente activa y, a la vez el subempleo, desempleo y la economía “informal”; se incrementa el número de trabajadores migratorios, y sobre todo el de los mexicanos que se van a Estados Unidos porque aquí no pueden ganarse la vida; se reduce sustancialmente la población rural y crece la urbana; aumenta con rapidez la presencia de la mujer e incluso de los niños en el mercado laboral;
- todo lo anterior trae consigo múltiples cambios que afectan al capital; y la fuerza de trabajo sufre también profundas modificaciones, lo que entre otras cosas significa que cambia la relación y la contradicción capital-trabajo;
- se extiende dramáticamente la pobreza y aun la “extrema pobreza”, y como los ricos se vuelven más ricos, se acentúa la desigualdad social.

Entre otros cambios del proceso productivo podría señalarse que se desplaza dentro de cada país –y el nuestro en particular– y de unos a otros, inclusive a grandes distancias, lo que trae consigo una distinta geografía económica regional y mayor internacionalización, la producción se mueve de los bienes a la prestación de servicios, depende ya más de empleados y técnicos que de obreros propiamente dichos, se desenvuelve en forma más flexible y modifican viejas estructuras y jerarquías, reduciéndose a menudo el grado de integración vertical y tendiendo ciertas actividades a horizontalizarse y descentralizarse; descansa en una tecnología más moderna y en un personal más capacitado para manejarla. Y todo ello se combina con nuevas formas de organización en las que se eleva la productividad por hombre, se reduce el personal y en particular los trabajadores y cuadros intermedios; se recurre a la subcontratación, crecen los activos intangibles y a corto plazo más que los fijos; y debido al sistema “justo a tiempo” y los bajos salarios se reducen inventarios y en general costos, en busca de mayor rentabilidad.

El Estado y el gobierno no dejan de intervenir en la economía; pero lo hacen de nuevas maneras. En México es obvio que su presencia directa en la producción se reduce grandemente, en tanto que su apoyo a los bancos y sus clientes –como lo demostró el Fobaproa– es mayor que nunca. Con todo, la desregulación, la privatización y su cada vez menor participación en el proceso productivo entrañan grandes cambios, que entre otras cosas se expresan en la reducción de la inversión pública y el aumento del financiamiento del exterior:

El descenso de la inversión pública se compensa con mayor inversión privada, en particular de las grandes empresas mexicanas y sobre todo extranjeras, en los últimos años más que directa, de cartera, y ello, junto a la subordinación crecien-

te a Estados Unidos y los organismos financieros internacionales, acentúa la dependencia.

Sobre todo desde la segunda mitad de los años ochenta, en que México se afilia al GATT, se acelera la apertura comercial y financiera y baja grandemente sus aranceles, con frecuencia antes de que lo hagan otros países en reciprocidad, se otorgan cada vez mayores facilidades al capital extranjero.

El proceso de apertura se refuerza a partir del TLC con Estados Unidos y Canadá, y después de otros acuerdos de libre comercio. Y si bien algunas grandes empresas se benefician con ese nuevo régimen de relaciones económicas internacionales, numerosas empresas pequeñas, medianas y aun grandes se enfrentan a una severa competencia, y las condiciones del campo se vuelven más difíciles y aun ruinosas no sólo para ejidatarios y muy pequeños productores sino incluso para agricultores antes relativamente prósperos.

Si bien el desarrollo siempre fue muy desigual, ello se agrava a partir de la reestructuración de los años ochenta, en que después de enfrentarse a graves problemas, se reorganizan, crecen y salen adelante los más poderosos grupos empresariales, mientras otros tienen problemas y la mayoría de las pequeñas empresas pierden terreno.

El solo gran desarrollo de las maquiladoras es un cambio cuya significación es indudable.

La modernización, en particular, exhibe evidentes contrastes. Quienes afirman que en realidad nada se moderniza no tienen razón, como no la tienen quienes piensan que todo es hoy mejor que antes. Lo cierto es que si bien algunas industrias y otras actividades son más eficientes y gracias a su avance tecnológico y organizativo y a nuevas inversiones tienen mayor capacidad productiva, otras, incluyendo buena parte de la infraestructura básica, se han rezagado y aun vuelto un obstáculo al desarrollo, que es preciso superar.

México, tradicionalmente exportador de alimentos y materias primas de origen agropecuario y mineral, en años recientes se convierte en un importante exportador de manufacturas, que proceden principalmente de los grandes grupos empresariales mexicanos y de empresas transnacionales que, en parte y en algunos casos, operan ahora desde nuestro país.

Las crecientes exportaciones dependen de aún mayores importaciones, pues ni el gobierno ni las grandes empresas nacionales o extranjeras han prestado la debida atención al aumento de la producción interna, sobre todo en aquellas actividades y fases del proceso productivo en que la dependencia del exterior es más grande.

Independientemente de los desajustes que le son característicos, la internacionalización de la economía mexicana cobra impulso en los últimos años y se expresa de diversas maneras a través del comercio, la producción, la tecnología, la inversión, la deuda e incluso nuevas formas institucionales. La más importante es que el capital extranjero afluye al país como nunca antes, y no pocas empresas incluso lo convierten en uno de sus centros de operación y producción.

En campos industriales como el de alimentos, bebidas y tabaco, eléctrico-electrónico, de maquinaria y equipo, automotriz terminal y de autopartes, ciertos sectores de la química y otros, se multiplican las empresas extranjeras, que a menudo son las dominantes. Ello se advierte también en el comercio y en servicios que van desde el telefónico a la hotelería y la banca. Las empresas mexicanas no tienen a su alcance, desde luego, las posibilidades de expansión de los más fuertes consorcios extranjeros, pero algunas se han reestructurado, han ampliado sus operaciones, se han asociado a poderosas firmas extranjeras y también se han movido hacia otros países, lo que revela un nivel de internacionalización digno de tomarse en cuenta. Empresas, o más bien grupos, por ejemplo, como Cementos Mexicanos, Telmex, Bimbo, Vitro, VISA, Desc, Alfa, Pulsar, Modelo e incluso Maseca, ICA y otras tienen hoy en algunos casos instalaciones productivas en otros países, o al menos una buena posición en esos mercados.

El hecho de que el gran capital nacional y extranjero tenga un peso cada vez mayor en la economía, y el que la fuerza de trabajo sufra también profundos cambios, altera la relación entre los propios capitalistas y entre los trabajadores, que en conjunto compiten entre sí y se debilitan, y modifica la contradicción capital-trabajo, en perjuicio de éste.

En cuanto a la fuerza laboral, en particular, acaso lo más importante sea el deterioro en sus condiciones de trabajo y de vida y la extensión sin precedentes de la "economía informal" en la que muchos sobreviven, y no pocas personas y empresas ganan incluso más dinero que antes pero sin pagar impuestos, respetar los derechos de los trabajadores ni cumplir, en general, con la ley, y la creciente emigración legal e ilegal principalmente hacia Estados Unidos, de trabajadores no calificados, medianamente calificados y aun de alto nivel técnico y profesional, muchos de los cuales dejan el país para siempre, porque no les ofrece la posibilidad de una vida digna.

Y aun cuando ello no corresponde estrictamente a lo económico sino más bien a lo social, los cambios que la cada vez mayor desigualdad trae consigo en el conjunto de la sociedad, son también un signo de la reestructuración en marcha y de la amplitud y complejidad de tal proceso.

## Globalización y capitalismo

Todos esos y otros cambios análogos se atribuyen con frecuencia a la globalización, vista como si ésta fuera un fenómeno sin precedentes que obedece sobre todo al avance tecnológico y a la revolución de las telecomunicaciones, y que se desenvuelve con su propia dinámica al margen del desarrollo del capitalismo. Y cuando los cambios que hoy vivimos se ven desde esa perspectiva y a partir de tal enfoque, en realidad se consideran muy parcialmente y no se comprende su verdadera dimensión y naturaleza. Por ello, para entender lo que hoy sucede, en mi opinión se requiere llevar al primer plano al capital y no quedarse en los mercados, así sean globales, en los precios, la competencia, ni desde luego en ciertos indicadores macroeconómicos, como si éstos bastaran para explicar lo que acontece.

En otras palabras, si bien es necesario y muy útil reparar en que numerosos fenómenos se desenvuelven hoy en marcos que desbordan las fronteras nacionales y aun aquellos en que antes se realizaban las relaciones internacionales, también es preciso saber que es fundamentalmente el capital, siempre en movimiento y ahora en franco proceso de mundialización, el hecho histórico central cuya contradictoria dinámica debemos conocer.

El capitalismo siempre tuvo una proyección internacional y aun tendió a globalizarse; y desde la segunda mitad del siglo XIX algunos autores consideraron que se creaba ya un mercado propiamente mundial. El tránsito de la fase premonopolista a la monopolista, hacia finales de ese siglo, impulsó la internacionalización y extendió y profundizó, geográfica y económicamente, las relaciones capitalistas de producción. Pero aun entonces, tanto en países industriales en los que el capitalismo era desde mucho tiempo atrás el modo de producción dominante, como sobre todo en economías subdesarrolladas también ya capitalistas, pero a la vez todavía con zonas y actividades atrasadas, el precapitalismo seguía presente y aún tenía gran significación.

Pues bien, la larga fase de expansión a partir de la Segunda Guerra Mundial, la persistente crisis, el rápido avance tecnológico y la apertura e interconexión de los mercados financieros que siguieron a ella, la cada vez mayor internacionalización y las políticas neoliberales, que en vez de reforzar las bases económicas de cada país, ven hacia fuera como si los más graves problemas internos y estructurales pudieran resolverse a través del “libre comercio” y la inversión extranjera, aceleraron en los últimos decenios la expansión del capitalismo y trajeron consigo profundos cambios. Y, por otra parte, lejos de que los países socialistas se consolidaran, ganaran la batalla de la productividad, llevaran realmente a los trabajadores al poder y crearan un nuevo sistema internacional más democrático y justo que dejara pronto atrás el régimen del capital, la desigualdad

y el lucro, hasta ahora fue éste el que, desde luego no sin problemas y contradicciones se impuso, mientras la propia Unión Soviética se debilitaba y a la postre incluso desaparecía.

Cuando decimos que el capital nunca había operado a la escala mundial en que hoy lo hace, no nos referimos tan solo o siquiera principalmente al capital transnacional y a las gigantescas empresas que actualmente producen y venden en mercados globales. Reconociendo que ése es un hecho muy importante que ejerce sin duda gran influencia en la economía mundial y rebasa los marcos en que el capital operó en el pasado, lo que subyace a todo ello es un cambio más profundo y de mayor alcance, consistente en que las relaciones capitalistas de producción se han desenvuelto y extendido en ese lapso como nunca antes, y debido a ello, incluso al margen y más allá del capital transnacional, la lógica y las formas de organización propias del capital y del capitalismo se afirman y desenvuelven en vastas regiones y actividades, en las que poco tiempo antes eran muy incipientes y débiles.

En la medida en que la acción del capital se extiende y aun universaliza, podría pensarse que la economía mundial y las relaciones internacionales todas se desenvuelven en condiciones más favorables, y que una creciente interdependencia les da mayor fluidez, estabilidad y cohesión. En realidad eso es lo que sostienen quienes piensan que la globalización, en particular acompañada de políticas neoliberales de “libre comercio”, y frente a la que según ellos no hay alternativa, resolverá todos los problemas. Lo cierto es bien distinto y aun lo contrario. Los cambios habidos hasta ahora han sido importantes y no pocas veces positivos. Aun así dejan en pie viejos problemas e incluso crean otros nuevos, que sólo podrán resolverse a partir de transformaciones más profundas y de nuevas y mejores estrategias de desarrollo, que por fortuna son posibles.

Pero antes de reparar en tales problemas conviene recordar, así sea a manera de ilustración, algunos de los principales cambios que se han registrado en la economía mexicana, por actividades.

### Cambios en la actividad económica

En la agricultura, por ejemplo, que cada vez es menos importante en lo que hace a su contribución al PIB, como fuente de empleo y espacio en que vive un sector de la población, entre los hechos más significativos de los últimos decenios podría señalarse que ha pasado de formas extensivas a otras intensivas de producción, ha cambiado la composición de la producción, se ha consolidado la pseudopequeña propiedad y debilitado grandemente el ejido, ha continuado el despojo a numerosos campesinos, se ha vuelto más severa la competencia exter-

na, y extendido y profundizado la comercialización; ha cobrado importancia la agroindustria y convirtiéndose la actividad agropecuaria en una que atrae crecientemente al capital extranjero. Aparte, en efecto, de la poderosa firma Nestlé, en años recientes han invertido en México otras como Unilever, Nabisco, Quaker Oats, Procter and Gamble y Sara Lee, y entre las mexicanas que recientemente más han crecido cabría mencionar a Savia (alimentos y biotecnología), que tiene ya inversiones en otros países y que en 1999 vendió cerca de 2,700 millones de dólares.

No obstante la reconocida riqueza minera de nuestro país, la minería ha crecido lentamente y se ha rezagado respecto a otras actividades, la intervención del Estado en ella es menor, la pequeña minería es ya no sólo secundaria sino propiamente marginal, en tanto que la influencia de grupos empresariales como Minera México, Peñoles, Frisco (Grupo Carso) y Corporación San Luis es cada vez mayor.

En petróleo y petroquímica, México logró un rápido crecimiento sobre todo entre 1976 y 1981, gracias a la elevación de los precios del crudo, la realización de nuevas inversiones en varios grandes complejos y la introducción de nuevas tecnologías, todo lo cual permitió elevar la producción y las exportaciones. En la segunda mitad de los años ochenta los precios bajaron de nuevo, los gravámenes fiscales sobre Pemex aumentaron sin medida, la refinación y la petroquímica se descuidaron y la planta laboral se redujo como nunca antes; y la reciente mejoría de precios del crudo en 1999-2000, desde luego no bastó para que, sin una adecuada política de desarrollo, Pemex refuerce su situación económica y financiera y la industria petrolera se modernice y eleve su productividad y eficiencia.

Bajo la influencia de la política neoliberal en boga, a últimas fechas se ha insistido en círculos gubernamentales y privados en que tanto la industria petrolera como la de energía eléctrica deben privatizarse, pues sólo así podrán realizarse las inversiones que se requieren con urgencia. Y si bien se necesitan, en efecto, cuantiosas nuevas inversiones, ello no es razón para que dichas industrias se privatizen –lo que por lo demás ha ocurrido ya sobre todo en la petroquímica básica– ni para que aun conservándose formalmente nacionalizadas, en la práctica se subordinen a poderosos grupos empresariales privados nacionales y extranjeros, lo que probablemente es a estas horas el mayor peligro.

Digo esto no sólo porque se ha insistido en que en la industria petrolera y eléctrica sólo saldremos adelante si se promueve la inversión privada nacional y extranjera, sino porque bajo el nuevo gobierno de Estados Unidos, que preside George W. Bush, se ha subrayado que México debe incorporarse, en materia energética, a la alianza que el poderoso vecino ha decidido crear con nuestro país y Canadá.

La industria manufacturera es uno de los campos que ha experimentado mayores cambios en las últimas décadas. En conjunto ha crecido más que la economía nacional, y algunas de sus actividades lo han hecho incluso con rapidez. Por ejemplo, las industrias ligeras de bienes de consumo, que en los años de más fuerte inflación, mayor inestabilidad y más lento crecimiento sufrieron serios problemas, después de reestructurarse y modernizarse han logrado una mejor situación, sobre todo en el caso de las grandes empresas y los principales grupos empresariales.

En la industria de alimentos, empresas como Nestlé, Bimbo, Gruma, Alfa, Bachoco, Maseca, Desc, Lala y otras, comprueban que las formas tradicionales de operación han quedado atrás. Nestlé, líder mundial en alimentos, es una poderosa transnacional de origen suizo que opera en México desde los años treinta, que se expande grandemente en los últimos 25 años y cuyas ventas sobrepasan los 1,700 millones de dólares. Actualmente tiene plantas en 16 ciudades del país, en 12 entidades, que emplean a 7,000 trabajadores en forma directa, provee además mucho empleo indirecto y adquiere los productos que reelabora de millares de productores. Alfa trabaja, entre otras líneas, en carnes preparadas (Sigma), en la que es importante, pues con ventas anuales de 7,700 acerca de 9,000 millones de pesos cubre alrededor de un tercio del mercado nacional.

El Grupo Industrial Bimbo empezó a operar desde 1945; actualmente emplea a más de 60,000 personas, cuenta con un activo de cerca de 25,000 millones de pesos y sus ventas superan los 33,000 millones. Sin duda, es ya muy importante a nivel continental; dispone de más de 70 plantas y produce y distribuye pan y otros alimentos en México, Estados Unidos, 11 países de América Latina y tres de Europa. Su red de distribución es de las mayores en Latinoamérica ya que, con más de 24,000 vehículos cubre cerca de 22,000 rutas y atiende diariamente a más de 550,000 clientes. Y para mejorar su distribución, el grupo proyecta invertir 50 millones de dólares en el programa tecnológico Bimbo XXI, a través del cual adquirirá nuevo equipo y software que permitan agilizar y hacer más eficientes las operaciones diarias.

La industria cervecera, que como otras se ha concentrado crecientemente y hoy consiste en sólo dos fuertes grupos –Modelo y FEMSA–, se moderniza y amplía en los últimos años y actualmente dispone de 15 plantas, tiene capacidad para producir alrededor de 70 millones de hectolitros y, generalmente, opera con buen margen y un muy alto coeficiente de utilización de su capacidad. Y gracias a un crecimiento ligeramente superior a 7 por ciento al año desde 1996, es ya la tercera industria cervecera en el continente y la séptima a escala mundial.

Modelo cubre el 56 por ciento del mercado nacional de cerveza y FEMSA el 44 por ciento restante, y en exportaciones, el primer grupo supera ampliamente

te también al segundo, y su cerveza Corona es ya la que más importa Estados Unidos. Ambos grupos tienen un eficiente aparato de distribución, en el que utilizan numerosas “tiendas de conveniencia”, o sea, pequeños establecimientos propios y operados por terceros.

Como ocurre con otras empresas, Modelo y FEMSA se asocian recientemente a poderosas firmas extranjeras. El primero lo hace a Andeheuser Busch, la mayor empresa cervecera de Estados Unidos y el mundo, que ya participa en el grupo Modelo con el 50.2 por ciento del capital –aunque el mayor peso en la administración corresponde todavía al grupo nacional– y FEMSA se vincula a la empresa canadiense, John Labatt, que participa con el 22 por ciento de la división de cerveza.

Modelo emplea más de 40,000 personas, y tiene una sólida posición financiera. Pero el grupo FEMSA sigue siendo el más importante en conjunto, pues además de cerveza produce refrescos y opera en empaques y tiendas. FEMSA está asociado en refrescos a Coca-Cola Company, que participa con el 30 por ciento del capital, y una de cuyas principales inversiones recientes se hizo en Argentina, por cierto, no con buenos resultados inmediatos.

La industria cervecera mexicana tiene buenas perspectivas de crecimiento, dada su favorable posición competitiva en precios y su creciente mercado exterior.

En cuanto a la embotelladora, cuyas ventas se acercan en conjunto a 3,800 millones de dólares, pesan grandemente las empresas extranjeras, y Coca-Cola y Pepsi son las dominantes, pues además de sus propios establecimientos Kof y Pepsi-Gemex, tienen como franquicitarias, la primera a Embotelladora Argos y Continental, y la segunda a Envasa y otras.

La industria textil también ha crecido en los últimos años. Su situación fue difícil hasta hace poco tiempo, ya que se había rezagado en inversiones y tecnología, y la competencia exterior fue cada vez más severa. Posteriormente empezó a modernizarse, y en pocos años ha ganado terreno en producción, inversiones, empleo y exportaciones.

La principal empresa en fibras sintéticas es Celanese, y en otros campos destacan los grupos Cía. Industrial de Parras, Terza, Industrias Martí e Hilasal Mexicana. Recientemente cobra importancia la rama del vestuario, cuya exportación, sobre todo a Estados Unidos, crece con rapidez, y los productores propiamente textiles se quejan de que se la protege especialmente, lo que debilita e incluso rompe las cadenas productivas en el conjunto de la industria. Hay acuerdo en que ésta debe seguir modernizándose si quiere competir internacionalmente, y en que la competencia desleal debe combatirse.

En otras importantes industrias han sido también significativos el crecimiento y la reestructuración.

Durante varios años México produjo entre 7 y 8 millones de toneladas de acero; pero entre 1994 y 1999 la producción creció con rapidez, gracias a nuevas inversiones, un proceso de reorganización y la introducción de mejores tecnologías. En ese breve lapso aumentó de 12.1 a 15.3 millones, y la capacidad de producción pasó de 13.7 a 18.5 millones de toneladas. En ese último año lo producido alcanzó un valor de 78.5 mil millones de pesos, lo que representa el 2 por ciento del PIB total y el 8 por ciento del manufacturero. La siderurgia mexicana emplea 54,500 personas directamente e indirectamente a muchas más, consume el 10 por ciento de la electricidad y el 21.6 por ciento de todo el gas natural.

En los últimos cinco años México ha exportado entre 5 y 6 millones de toneladas de acero anualmente, lo que representa de 3,000 a 4,000 millones de dólares y hace posible una balanza comercial favorable. En años recientes, además, se eleva la productividad, diversifica la producción y mejora su calidad y posición competitiva. Actualmente, México es el décimo quinto productor de acero en el mundo y el cuarto en el continente después de Estados Unidos, Brasil y Canadá, y éste produce sólo un poco más que el nuestro. Entre 1990 y 2000, las nuevas inversiones en la industria siderúrgica mexicana se acercan en conjunto a 5,400 millones de dólares.

La expansión reciente de esta industria no fue fácil. Se realizó frente a una fuerte competencia extranjera, que ahora pudo vender cada vez más a México, no pocas veces incluso a precios de dumping, y en medio de una sobreoferta mundial que redujo los precios y obligó a las empresas mexicanas a bajar sus gastos, recortar personal y mejorar sus tecnologías y formas de organización. Y aunque, por ejemplo, la industria automotriz siguió importando productos siderúrgicos que al menos en ciertos casos pudo haber adquirido en México, la siderurgia salió adelante y hoy, pese a la sobreproducción, las frecuentes caídas de precios, desajustes financieros, altos costos de algunos insumos como el gas natural, y otros problemas, se halla en posición muy superior a la de hace unos años.

Altos Hornos de México (Grupo Acerero del Norte), principal productor de acero al que se privatizó desde 1991, con la inversión de más de 500 millones de dólares y la asesoría técnica de la empresa holandesa Hoogovens Technical Services, se convierte en un productor moderno y competitivo a nivel internacional, que amplía y mejora la calidad de su producción y que hoy produce acero -3.4 millones de toneladas en 1999- y diversos tipos de láminas, placas, alambrón y perfiles estructurales.

Hojalata y Lámina, del Grupo Alfa, es el segundo productor en importancia, y se convierte en una miniacera que produce más y mejor y puede competir a nivel internacional, consolida su posición, supera sus viejas dificultades financieras, diversifica su producción, introduce nuevas tecnologías, reduce costos, capacita personal y gracias a todo ello incrementa sus inversiones y se vincula estrechamente a empresas extranjeras como Mekaert y Metecno y forma una alianza con la estadounidense A.K. Steel.

Otras empresas de menor importancia que las anteriores, pero también significativas son: TAMSA, y en productos siderúrgicos, IMSA.

TAMSA, importante productor de tubos sin costura, después de depender casi totalmente de Pemex, en 1993 se vinculó a la empresa argentina Siderca, filial del Grupo Italiano Techint, que participa con el 40 por ciento del capital, y a partir de entonces diversificó su producción, se reorganizó, redujo inventarios conforme al sistema “justo a tiempo” en beneficio de ella y sus principales clientes, y empezó a vender en mercados extranjeros que van desde Estados Unidos y Venezuela hasta Arabia Saudita y China, todo lo cual le ayudó para que el último año fuera mejor de lo que se esperaba, pues aumentaron sustancialmente las ventas, disminuyó la deuda e incluso en sus mercados tradicionales como Pemex vendió productos con mayor valor agregado.

TAMSA incrementó sus ventas y sus utilidades en el 2000, con la ayuda, sobre todo de las exportaciones, que se elevaron debido a los altos precios del petróleo crudo y la mayor demanda de tubos de acero sin costura que esa industria utiliza, aunque en particular las compras de Pemex disminuyeron, por menos perforaciones en el mar. También fue favorable el menor precio de la chatarra, que es el principal insumo de TAMSA.

Una empresa que no produce acero, pero sí productos siderúrgicos –IMSA– ha tenido también serios problemas y está endeudada. En 2000 cerró las plantas de Monclova, que había comprado a AHMSA, y meses antes adquirió a buen precio –234 millones de dólares– dos empresas en Estados Unidos –Steelscape e IBP–, que reforzarán la división de IMSA Acero.

En 1999 las ventas de IMSA alcanzaron 17,000 millones de pesos y para el 2000 se estiman en alrededor de 21,900 millones. IMSA Acero, que participa con el 60 por ciento de las ventas, mejoró el último año tanto en volumen como en precios, pero al cierre del ejercicio se debilitó la exportación. La perspectiva para el 2001 parece favorable porque se espera que baje el costo del planchón de acero, que es su principal insumo, que el valor de las ventas de las empresas recientemente compradas en Estados Unidos aumente, y que suban también el volumen y ligeramente los precios de los productos terminados.

En resumen, la reestructuración de esta industria en años recientes es muy profunda. La más vieja empresa: Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, desapareció. Sicartsa, que siempre fue paraestatal, también dejó de operar. Altos Hornos se privatizó y, como ya vimos se ha modernizado grandemente, aunque tiene cuantiosas deudas con acreedores principalmente extranjeros que ya absorben 40 por ciento del capital. HYLSA resolvió sus más graves problemas de organización y financieros de los años ochenta, y se amplió en forma considerable; pero en el último año se redujo su flujo operativo, aumentó el apalancamiento, le afectó gravemente el alto precio del gas que se utiliza para producir fierro-esponja e incluso se habló de la probable venta de la división de alambón y varilla, y aun de que HYLSA, en su conjunto, sea vendida a un poderoso grupo siderúrgico español.

La industria cementera mexicana consistió tradicionalmente en varias pequeñas empresas regionales de baja productividad, que producían poco, con costos altos y a menudo excesiva protección y apoyo del gobierno. En los últimos años casi todas esas empresas dejaron de existir, y la industria sufrió una profunda reestructuración. Actualmente, dominan en ella varios grupos empresariales privados.

El mayor de ellos es Cementos Mexicanos que arranca de una pequeña planta en 1906, y ya como Cementos Mexicanos, de 1931. En 1976 se convierte en el principal productor nacional al comprar las plantas de Cementos Guadalajara, y en 1987 y 1989 refuerza su posición al adquirir Cementos Anáhuac y Cementos Tolteca, lo que lo coloca entre las 10 mayores empresas cementeras del mundo. A partir de 1992 empieza a globalizarse al controlar las dos más importantes de España (Valenciana y Sansón) y ampliar su capacidad de producción a 35 millones de toneladas métricas anuales, capacidad que actualmente alcanza ya cerca de 77 millones de toneladas, que lo ponen en el tercer lugar mundial, con operaciones en casi 30 países. Cemex cuenta hoy, entre instalaciones propias y de empresas en las que participa como accionista, con 53 plantas de cemento en 11 países, 148 de concreto y agregados, 130 centros de distribución y 37 terminales marítimas; emplea a más de 20,000 personas, y desde hace varios años sus acciones se negocian en la Bolsa de Valores de Nueva York. Como otros poderosos grupos empresariales, Cemex invirtió en los últimos cinco años alrededor de 175 millones de dólares tan solo para capacitar personal.

En 1998, los activos del grupo eran de 10,360 millones de dólares, gracias a un muy rápido crecimiento en la década previa, y su producción en México cubre el 60 por ciento del mercado nacional, y conforme a su plan de expansión, en 1999 compró APO Cement de Filipinas, por 400 millones de dólares, convirtiéndose así en el segundo productor de ese país, y adquirió además el 11.9 por ciento del capital de una empresa cementera chilena.

Cementos Mexicanos se ha visto afectado por impuestos antidumping de Estados Unidos, que vuelven muy difícil exportar a ese país; y no obstante que el GATT falló en su favor, varias grandes empresas estadounidenses se oponen incluso a que el gobierno devuelva a Cemex el dinero que le cobraron indebidamente.

Pese a ése y otros problemas, Cemex sigue avanzando, y en 1999 vendió 45,914 millones de pesos, que en el 2000 llegaron a 54,000 millones.

Cemex ha seguido expandiéndose, y al finalizar el año 2000 adquirió, por 2,600 millones de dólares, el 91 por ciento del capital de Southdown, segunda empresa cementera de Estados Unidos, lo que contribuyó a que su deuda externa se elevara a 7,112 millones de dólares, y su nivel de apalancamiento subiera también, lo que hace pensar que, a corto plazo, el grupo probablemente destine una parte de sus recursos a reducir su endeudamiento, más que a comprar nuevas empresas.

La segunda cementera en importancia es Apasco, filial del Grupo suizo Holderbank, con ventas cercanas a 7,700 millones de pesos en 1999, principalmente en el mercado interno, una sólida posición financiera, alto coeficiente de operación y buenos márgenes y utilidades.

El Grupo Cementos Chihuahua, en el que Cemex participa con el 36 por ciento del capital, a su vez vendió ese año 2,349 millones, tiene tres plantas en ese estado y una en Nuevo México, y actualmente una más en proceso de construcción en Colorado, Estados Unidos. Su principal mercado es Chihuahua, y sus ventas al país vecino tropiezan con el obstáculo de un alto impuesto anti-dumping.

Cementos Cruz Azul es incluso más importante, pues con su nueva planta de Aguascalientes aumenta su capacidad de producción a 6.2 millones de toneladas.

En conjunto, la industria cementera se ha fortalecido y su crecimiento ha sido similar al de la economía nacional. En años recientes, la globalización de Cemex, que vende más en otros países que en México, contribuyó a darle un mayor impulso.

En industrias como la de vidrio, papel y cartón, electrónica, química y otras se registraron también importantes cambios, y en general se advierte una fuerte concentración que claramente deja ver que, en cada una de ellas son los grupos más poderosos, con frecuencia transnacionales, los que ejercen mayor influencia.

Por ejemplo, en vidrio sobresale y domina la actividad el grupo Vitro, que en 1999 ocupó el lugar 16 en las principales 100 empresas, y vendió mercancías por cerca de 26,000 millones de pesos. En papel, la principal empresa es Kimberly-Clark de México, cuyas ventas en ese mismo año alcanzaron cerca de

13,900 millones, a la que sigue la Corporación Durango, con más de 12,000 millones de pesos de ventas. En electrónica, aparte de la poderosa IBM destaca también Hewlett-Packard, y atrás de ella Acer Computec, Olivetti y Delphi Delco; y en la industria química podría mencionarse desde luego, entre otros al Grupo Alfa (Alpek), Desc (Irsa), a Dupont y Cydsa.

Una de las industrias manufactureras que más se desarrolla en México en los últimos decenios es la automotriz, que de hecho siempre ha sido extranjera. Hoy la industria terminal consiste en 13 modernas plantas en otras tantas entidades, que pertenecen a las grandes automotrices transnacionales: Daimler-Chrysler, Ford, General Motors, Volkswagen, Nissan y otras. El principal cambio de esta industria es que en otros tiempos fue sólo un conjunto de ensambladoras que operaban con poco capital y muy baja intensidad tecnológica, y ahora es una que, apoyada en cuantiosas inversiones, personal calificado y una tecnología avanzada, aunque dependiendo todavía de grandes importaciones, realmente fabrica automóviles que vende en volúmenes sin precedente en México, Estados Unidos y muchos otros países. Las cifras que siguen dan cuenta de la importancia que ha cobrado la industria automotriz en México.

Las empresas más importantes son cinco, entre las que destacan Daimler-Chrysler y Volkswagen, que en 1999 vendieron casi 70,000 millones de pesos cada una de ellas. La primera, sin embargo, proyecta despedir a 2,600 personas, y a 10 veces más en Estados Unidos, cerrar algunas plantas y trasladar la producción de otras.

En el 2000 México produjo 1'889,486 vehículos ligeros, más de 35,000 pesados, aumentando los primeros 26.5 por ciento respecto al año anterior.

Las exportaciones fueron de 1'434,110 vehículos –33.6 por ciento superiores a las del año previo–, y las ventas en el mercado interno superaron 490,000 unidades. Todo lo cual se logró gracias a cuantiosas inversiones en los últimos seis años, tanto en la industria terminal como en la de autopartes.

La producción en 2001 se espera ligeramente superior, debido a mayores ventas tanto en México como en el extranjero. Pero se admite que si la desaceleración de la economía estadounidense es muy pronunciada, tendrán que buscarse otros mercados.

La industria de autopartes también ha crecido, y en ella tienen una significativa participación en primer lugar Delphi, que es el fabricante más grande del mundo, y en menor escala grupos empresariales mexicanos como Alfa, Desc, San Luis y otros. Alfa opera a través de su división Nemak, que está en proceso de expansión. En ella participa Ford con el 25 por ciento del capital, y produce cabezas y blocks de aluminio para motores, cuyas ventas a la propia Ford y GM se espera aumenten, a partir de nuevos contratos recién firmados. Con ese

motivo Alfa proyecta invertir 109 millones de dólares; además acaba de adquirir de la Ford dos plantas que ésta tiene en Canadá, y que la seguirán abasteciendo, y con todo ello, a muy corto plazo se incrementará grandemente la capacidad de producción de Nemak.

El Grupo Desc, que opera en autopartes a través de sus divisiones Unik, Spicer y Tremec, es también importante y tan solo la primera de ellas vendió cerca de 9,962 millones de pesos en 1999, y en el 2000, el grupo en conjunto exportó alrededor de 1,000 millones de dólares. Tras ellas vendría el Consorcio Dina, Lear Corporation de México y otras cuatro a cinco empresas, con ventas superiores a 1,000 millones de pesos.

La industria de la construcción, que contribuye con cerca del 5 por ciento del PIB nacional, desde hace varios años atraviesa por una situación difícil, lo que en buena parte obedece a la reducción del gasto y la inversión públicos, aunque en ciertos momentos, como ocurrió en el año 2000, la inversión privada ha sido un factor compensatorio.

En general, puede decirse que la infraestructura básica, tanto económica como social no ha crecido en años recientes en forma satisfactoria, y ello ha significado que la industria de la construcción se descapitalice y que su maquinaria, equipo y ciertas instalaciones se vuelvan obsoletas. Según algunos empresarios la situación se ha agravado porque además de una demanda insuficiente, sobre todo del Estado, la industria ha carecido de financiamiento bancario.

La perspectiva es también incierta, aunque algunos esperan que la inversión en la industria petrolera y eléctrica aumente, y que lo haga también en vivienda—donde el déficit se acerca a 6 millones de unidades—, comunicaciones, hoteles y servicios para el turismo y otras actividades, y que ello se traduzca en un estímulo para la construcción.

La crisis mexicana de 1994-1995 dañó severamente a esta industria, y aun los grupos empresariales más fuertes sufrieron un duro golpe. Tribasa y Bufete Industrial se sobreendeudaron, e ICA, tan solo en ese año bajó de 42,000 a 19,000 empleados, perdió la mitad de sus ingresos y el precio de sus acciones se desplomó. Posteriormente tuvo que vender parte de sus activos, cubrir y renegociar adeudos bancarios y suscribir nuevos contratos internacionales, pues el grupo tiene prestigio en varios países, sobre todo de América Latina.

Además de numerosas obras en México, ICA ha construido más de 25 en nueve países latinoamericanos y varias en Estados Unidos. Entre las más importantes destacan 6,000 kilómetros de ductos, 250 kilómetros de túneles para el sistema de drenaje profundo en la ciudad de México, 178 kilómetros del Metro, obras marinas y fluviales en 45 puertos, 13 aeropuertos, 500 edificios, más de 200 plantas industriales y 13,000 kilómetros de fibra óptica. Y, sin dejar des-

de luego la infraestructura, ICA proyecta ampliar su actividad en la construcción de viviendas, campo en el que recientemente cobran importancia dos empresas relativamente nuevas: Corporación Geo y Consorcio Ara, que en 1999 contribuirían con 23,800 y 11,000 viviendas, respectivamente.

El comercio y los servicios, que cada vez adquieren mayor importancia en nuestra economía, han sido también objeto de múltiples cambios.

El comercio es hoy muy distinto del de hace años. El pequeño comercio, que opera en condiciones muy precarias, desde luego sigue presente, pero ha perdido significación, y en no pocos casos desplazándose de la economía formal a la informal, en donde también operan grandes empresas.

La ampliación de las tiendas departamentales y del comercio en cadena han contribuido a modernizar y hacer crecer ciertas líneas con rapidez. En tiendas de autoservicio, en particular, la reorganización y modernización son evidentes, y ello no sólo se ha traducido en un rápido crecimiento sino en una verdadera revolución en cuanto al número y variedad de las mercancías que se manejan, las formas de exhibición, la extensión de los espacios de venta, los métodos de operación, el mantenimiento y control de inventarios y la relación con proveedores y clientes.

En una primera fase tal desarrollo dependió principalmente de empresas y grupos mexicanos como Aurrerá, Comercial Mexicana, Gigante, así como Soriana, Chedraui y otros de alcance propiamente regional; pero a partir de cierto momento el capital extranjero se interesó cada vez más en ese tipo de comercio, primero para asociarse en posición minoritaria, y poco después para pasar al primer plano y adquirir el control. Así ocurrió concretamente en la relación de Aurrerá –Grupo Cifra– con Wall Mart –que en 1999 vendió más de 60,700 millones de pesos a través de 500 establecimientos– y hoy son ya muy importantes en esa actividad otras firmas extranjeras como Sams, Price Club, Auchan y Carrefour.

En tiendas departamentales se realiza asimismo una significativa reestructuración. Y si bien viejos negocios como El Palacio de Hierro, Liverpool, Sanborns y otros mantienen una posición destacada en su campo, ello es así porque se han ampliado y modernizado.

Cadenas como Sanborns –del Grupo Carso– y desde luego Aurrerá, convertida hoy en Wall Mart, crecen con celeridad. Y los grandes centros comerciales antes inexistentes, cobran gran importancia no sólo en la ciudad de México sino en decenas de las principales ciudades de algunos estados, y se convierten en los mayores canales de distribución.

En los servicios, el crecimiento en ciertos campos es incluso más rápido, y aun en casos en los que no es así, se registran también profundos cambios.

Según los últimos censos económicos, en 1998 el transporte empleaba en nuestro país a cerca de 709,000 personas, la mayor parte de las cuales trabajaba en el autotransporte. En cuanto a empleo correspondía el segundo lugar a los ferrocarriles –45,536– que al privatizarse reducen sustancialmente el personal y el tercero al transporte aéreo, 15,544. La inversión total acumulada en el sistema de transportes –activos fijos netos– alcanzaba alrededor de 154,600 millones de pesos, y el valor bruto de la producción era de poco más de 173,355 millones, y en los dos casos, de nuevo el autotransporte ocupa el primer lugar.

Aunque con frecuencia no se repara en ello, el solo hecho de que el autotransporte haya convertido en el principal, fue posible debido a que se incrementa con rapidez el número de automóviles en circulación, a que ahora se cuenta con carreteras pavimentadas y aun autopistas de las que antes se carecía y a que el gran crecimiento de las ciudades, y en particular de las más grandes han facilitado el uso de este medio de transporte, para carga y pasajeros.

En la aviación comercial son dos, como se sabe, las principales empresas mexicanas: Aeroméxico y Mexicana, que con sus filiales forman parte del Grupo Cintra, que en 1999 ocupó el lugar número 15 en importancia, con ventas superiores a 26,000 millones de pesos, y que, según se ha informado, está por venderse, para lo cual ambas empresas proyectan reducir costos en busca de mayor rentabilidad y un mejor precio de venta.

Teléfonos de México, a la que administra el Grupo Carso, es la mayor empresa privada no sólo en su ramo sino en toda la economía mexicana, y una que en años recientes cambia también grandemente.

Telmex se privatiza en 1990, cuando tenía poco más de 5 millones de líneas en servicio, y a septiembre de 1999 superaban 4'665,538; en telefonía pública contaba a esa fecha con 574,000 aparatos y cubría en un principio 24,711 poblaciones, y para entonces 71,543, y su personal consistía en más de 50,000 empleados.

Entre sus principales accionistas destacan el Grupo Carso, Southwestern Bell International Holdings y France Cables et Radio.

Según los funcionarios de la empresa, su modernización, que reclamó inversiones de más de 17,000 millones de pesos, fue rápida y decisiva. Desde 1991 se inició la construcción de la Red Nacional de Fibra Óptica. Desde 1992, Telmex proporciona el servicio de videoconferencias, además de haber creado 39 Centros Digitales de Tráfico Avanzado en las principales ciudades del país, con 420 posiciones digitales computarizadas que sustituyen a los viejos conmutadores, que tenían más de 30 años de antigüedad. Incluso en los primeros años se duplicó la cobertura total de la red y se sustituyeron las centrales analógicas y electromecánicas con equipo digital.

Desde hace varios años opera el Sistema Trasatlántico de Cable Submarino Columbus II, y Telmex cuenta ya con una red de telefonía pública que en 1998 llegó a 231,873 aparatos que funcionan con tecnología chip, y que superan en 46.9 por ciento a los operados en 1997.

Gracias a todo ello, al cierre de 1999 el activo total de la empresa era de 178,538 millones de pesos, el capital contable de 122,297.3 millones y los ingresos de ese año de 96,320.6 millones de pesos. Telmex ha sido señalado con frecuencia como un monopolio, pero hace unas semanas se logró que sus principales competidores –Avantel y Alestra– llegaran a un acuerdo sobre la forma en que se manejarán concretamente las llamadas de larga distancia.

Lo que ocurre en la televisión, así como en hoteles y restaurantes, y en el área de servicios financieros, da cuenta también del alcance de la reestructuración.

La televisión es el medio de comunicación y de publicidad que ha cobrado mayor importancia en los últimos decenios, y hoy no es exagerado decir que su influencia en la vida cultural es a menudo mayor que la de la escuela, la prensa, el gobierno, la Iglesia y aun la familia. Como actividad económica ha crecido con rapidez, y en ella dominan los grandes grupos empresariales.

Durante mucho tiempo fue Televisa el que prácticamente ejerció el control, y aun cuando sigue siendo el más importante, la crisis de 1994-1995 lo afectó seriamente y lo obligó a reorganizarse, a vender algunas divisiones o parte de ellas, como Cablevisión, despedir unos 3,000 empleados y proyectarse hacia el exterior, para ser más competitivo y compensar la reducción de sus ingresos en el mercado mexicano. Y aún hoy sigue con problemas, está endeudada y a caba de suspender Eco, o sea, su principal cadena internacional de noticias en español.

El grupo es fuerte también en radio, publicaciones, espectáculos y eventos deportivos, y en 1999, con un activo de 43,223 millones de pesos, logró ventas por 18,000 millones.

El principal competidor es TV Azteca, que surgió en 1993 de la compra de la paraestatal Imevisión. Actualmente opera dos canales –7 y 13– de amplia cobertura nacional, y además ha entrado al mercado de habla hispana en Estados Unidos, y ganado terreno en publicidad comercial.

En el 2000 la empresa realizó ventas netas por 5,342 millones de pesos, por cierto muy superiores a las de 1999, y su activo alcanzó casi 17,000 millones de pesos. Hasta entonces, sin embargo, el pasivo –y el apalancamiento– de TV Azteca seguían siendo muy altos.

La rápida urbanización del país, la cada vez mayor importancia de las grandes ciudades –digamos con más de 500,000 habitantes– y el crecimiento del turismo, sobre todo internacional, han contribuido al impulso de la actividad

hotelera y de servicios conexos. Tan solo el turismo de playa, en los últimos años reclamó no sólo la expansión hotelera de Acapulco, Puerto Vallarta, Mazatlán y otros lugares, sino que hizo posible el nacimiento y rápido desarrollo de Cancún, Huatulco, Los Cabos, Ixtapa y otros, sin duda muy importantes.

Todo ello trajo consigo la construcción de numerosos hoteles y la parcial modernización de esta actividad, pues si bien hoy se cuenta con más y mejores hoteles de primera y de lujo, los pequeños y más modestos, que desde luego son la mayoría, se han deteriorado y carecen de recursos para su adecuado mantenimiento, en parte debido a que están muy endeudados y los bancos no les otorgan más crédito.

Entre los principales grupos hoteleros mexicanos destacan el Posadas (Azcárraga), Situr, Hoteles Presidente y Ángeles (que compró los Hoteles Camino Real), y de los extranjeros que tienen importancia, entre otros los estadounidenses Marriot, el Grupo Chartwell y Starwood, los españoles Meliá y Occidental Hoteles y Canadian Pacific. Y lo que se advierte con claridad es que, como en otras actividades, en la hotelería está ganando terreno especialmente la inversión extranjera, la que no sólo es ya dueña de muchos, sino que administra y maneja un buen número de grandes hoteles propiedad de mexicanos.

Los servicios financieros, y en particular la banca, también sufren profundos cambios en los últimos 30 años. En efecto, ésta fue primero estatizada, poco tiempo después reprivatizada y con posterioridad a la severa crisis de 1995, en gran parte sostenida por el Estado. El empeño desregulador llevó a numerosos bancos a las puertas de la quiebra, y ni pudieron recuperar gran parte de sus créditos ni evitar su descapitalización y cuantiosas pérdidas. Y aun tras algunos ajustes, el crédito ha disminuido y los bancos no han logrado regularizar su funcionamiento y otorgar los préstamos que la economía requiere. Un signo revelador de la debilidad del sistema bancario ha sido la presencia de bancos extranjeros que se asocian, y en parte desplazan a los mexicanos, como ocurre, por ejemplo, con la asociación del Banco Bilbao Vizcaya con Bancomer, Santander con Banca Serfin y Scotia Bank con Inverlat.

En cuanto al mercado de valores, que cobra especial impulso después de la estatización bancaria de 1982, también se aprecia una gran concentración, pues son pocas las empresas que actúan como intermediarias y pocas también las que tienen acceso a él y pueden financiarse por su conducto, y creciente la dependencia respecto a la inversión extranjera, que en buena parte viene no para financiar la producción sino para especular en busca de más altos precios.

El proceso de reestructuración que afecta a múltiples ramas y actividades se da también a menudo sobre todo, en los más poderosos grupos empresariales. Aquí, aunque se advierten diferencias en su composición y formas de fun-

cionamiento, que van desde la relativa especialización hasta el conglomerado, en general se aprecia que los campos en que esos grupos operan tienden a reducirse y limitarse a los que ofrecen mejores posibilidades, se introducen nuevas tecnologías que elevan la productividad y permiten hacer recortes de personal, se acoge el sistema de operación “justo a tiempo” y el llamado outsourcing para reducir inventarios y costos, se presta mayor atención a capacitar al personal, se depende menos del crédito bancario y más de la colocación de valores propios en el mercado, se tiende a no elevar grandemente la inversión en activos fijos, se incorporan instalaciones productivas antes controladas por el Estado y se estrecha la relación con inversionistas y aun grandes empresas extranjeras, en busca de más amplios mercados, acceso a la nueva tecnología y disponibilidad de mayores recursos financieros, y cobran creciente importancia las fusiones y adquisiciones de otras empresas.

Se estima que solamente entre 1994 y el año 2000, México recibió por ese concepto 37,015 millones de dólares, en tanto que las empresas mexicanas realizaron inversiones en otros países por 18,640 millones. Y en el 2000, en particular, entraron al país por esa vía 7,812 millones de dólares, lo que permitió a México asegurar el segundo lugar como receptor en Latinoamérica, después de Brasil; y hacia el exterior, por fusiones y adquisiciones, salieron 4,747 millones.

Cementos Mexicanos y el Grupo Carso fueron el último año los principales inversionistas mexicanos en el exterior, con 3,000 millones de dólares, el primero y casi otro tanto el segundo, aunque también realizaron inversiones considerables en el exterior el grupo IMSA, Telmex y Bimbo. En cuanto a las empresas extranjeras que hicieron importantes fusiones y adquisiciones en México destacan los bancos españoles Santander y Bilbao Vizcaya, que adquirieron respectivamente Banco Serfin y Bancomer; el grupo Groep, de Holanda, que invirtió en Seguros, y en menos medida General Motors, Wall Mart y otros.

Las fusiones y adquisiciones entre empresas mexicanas fueron menos importantes, pero algunas de ellas, como la compra que hizo Bachoco de la división avícola del Grupo Desc, fue significativa. Y parte de ellas, las alianzas estratégicas del Grupo Alfa y otras, sobre todo con empresas extranjeras, fueron también otros aspectos de la reestructuración de los últimos años.

De lo dicho hasta aquí podrá apreciarse que ésta se da principalmente y en gran medida en los grupos empresariales y en particular en los más importantes; pero afecta también a las empresas pequeñas y medianas, que en conjunto tienen cada vez una menor significación.

Al respecto suele creerse, digamos románticamente, que estas empresas debieran ser incluso el eje de nuestra economía, y si bien las que tienen mayor

viabilidad y utilidad social tendrían mejores condiciones y posibilidades de desarrollo, de contar con mejor organización y mayor apoyo del Estado, del sistema bancario y de la propia sociedad, lo cierto es que el capitalismo, sobre todo en una fase como la actual refuerza en general a las más poderosas empresas, empezando por las transnacionales, y debilita y aun destruye a numerosas pequeñas y medianas empresas, que a menudo tienen que integrarse a las redes de grandes consorcios para salir adelante, y aun para sobrevivir. Razón por la cual podría afirmarse que mientras haya capitalismo ese proceso seguirá en marcha y la importancia relativa de las grandes empresas será cada vez mayor no solamente por su inversión, avance tecnológico y capacidad productiva sino inclusive como fuentes de empleo.

### Algunos grandes problemas

El que la economía mexicana no sea ya la de otros tiempos y se hayan realizado cambios que en algunos casos representan indudables avances, no significa que los viejos problemas estén resueltos y que no hayan surgido nuevos, a veces no menos graves.

Entre tales problemas podrían mencionarse los que siguen:

- La tasa de crecimiento económico ha sido insuficiente, inferior a la de décadas previas y más inestable; y en años recientes ha sido más fácil que antes comprobar que más crecimiento –per se– no quiere decir más bienestar y mejores niveles de vida para la mayoría.
- La concentración del capital, que desde tiempo atrás estuvo presente, es ahora mayor y favorece especialmente a pocos grandes grupos empresariales mexicanos y extranjeros.
- La situación de numerosas pequeñas empresas es hoy más difícil y millares de ellas han dejado de operar e incluso han quebrado.
- El capital nacional, que antes operó tanto en la órbita estatal como en la privada con mayor autonomía, ha estrechado su relación con poderosas empresas transnacionales y vuéltose más dependiente de ellas.
- La reorganización del proceso productivo y de las formas de funcionamiento de las empresas ha contribuido a elevar la productividad; pero a menudo a costa de numerosos trabajadores a los que se ha desempleado o cuyas condiciones laborales se han deteriorado.
- El desempleo, en otros momentos principalmente cíclico se ha vuelto estructural y crónico; y aun cuando la economía crece, persiste y alcanza alto nivel se acompaña de un subempleo, también permanente, que obedece a que numerosos trabajadores perciben minisalarios del todo insuficientes aun para satisfacer necesidades básicas.

- La inflación de los últimos tres a cuatro años ha sido menos severa que antes, pero en realidad sigue presente, y sobre todo es motivo de preocupación porque prevalece la inestabilidad, y la insuficiencia del ahorro doméstico sumada al atraso del sistema fiscal y a la incapacidad del Estado para financiarse fundamentalmente a partir de recursos propios y de impuestos directos, y otros desajustes como los de la deuda interna y externa y el déficit de la balanza comercial y en cuenta corriente, hace temer que en cualquier momento se registre un mayor aumento de los precios y nuevos desequilibrios.
- La introducción de nuevas tecnologías, que en principio fue vista como un resorte del desarrollo que elevaría el nivel de empleo, se ha realizado de manera desigual y principalmente por grandes empresas, las pequeñas y medianas exhiben un mayor rezago, y su impacto sobre la ocupación ha sido negativo, pues para muchos trabajadores ha significado mayor explotación y para otros más desempleo.
- La deuda por sí sola entraña un grave problema. Lo oneroso de su servicio sustrae recursos que el país debiera emplear para impulsar su desarrollo; su elevado monto es en buena parte resultado de que se desaprovecha el potencial de recursos financieros de que se dispone, y el que siga aumentando no obstante lo que se ha pagado a lo largo de años por ella, hace pensar que nunca podrá liquidarse en su totalidad.
- En el año 2000 aumentó sustancialmente el déficit comercial y en cuenta corriente, llegando el primero a más de 8,000 millones de dólares y el segundo a alrededor de 17,000 millones.
- La política comercial mexicana de creciente apertura consagrada en el TLC, y a menudo, no correspondida por los grandes países industriales y en particular por Estados Unidos, que en más de un sentido sigue siendo proteccionista y obstaculiza de diversas maneras las importaciones procedentes de nuestro país, junto a la falta de una política de desarrollo industrial, sin duda ha contribuido a que, no obstante el rápido e importante crecimiento de las exportaciones que en el último año alcanzan poco más de 166,000 millones de dólares, el que México no produzca múltiples bienes intermedios y de capital que necesita, se traduce en una cada vez mayor y ya muy peligrosa dependencia de importaciones, sobre todo estadounidenses, que crecen con mayor celeridad.
- La cada vez más severa competencia que el capital extranjero ejerce no sólo en otros mercados sino en el nuestro, es uno de los mayores problemas a que hoy se enfrentan las empresas mexicanas, que en su propio mercado están siendo desplazadas y aun excluidas.
- La tendencia a centrar la atención en el comercio exterior y a multiplicar los acuerdos de libre comercio, a menudo en detrimento de una mejor base productiva y una verdadera integración regional latinoamericana, si bien ha contribuido a elevar el valor del intercambio internacional, a la vez ha vuelto más difícil que se repare en la necesidad de conjugar esfuerzos para fortalecer nuestra economía.

- Aun en actividades en las que ha aumentado la capacidad de producción, la productividad y lo que actualmente se produce, se observan con frecuencia desajustes financieros y excesivo endeudamiento.
- La infundada creencia neoliberal y neoporfiriana de que el país progresará económicamente si logra atraer más capital extranjero, sin menoscabo de reconocer que ese capital, de orientarse hacia la producción y no reclamar privilegios inaceptables podría ser muy útil, contribuye a que no se preste la debida atención a problemas internos como la necesidad de incrementar el ahorro doméstico, impedir o al menos limitar las fugas de capital, y dar a todos nuestros recursos una mejor utilización.
- El pronunciado descenso de la inversión pública, el que la empresa privada se interese principalmente en inversiones de alta rentabilidad, y la ausencia de una política que promueva la inversión en campos básicos, contribuyen a un creciente y peligroso rezago en renglones fundamentales de la infraestructura.
- Aunque desde hace años se repite que es necesario realizar una reforma fiscal que permita elevar el coeficiente impositivo –hasta ahora muy bajo respecto al PIB– y dotar al Estado de mayores medios no inflacionarios para impulsar el crecimiento económico, redistribuir el ingreso y apoyar, en particular, el mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de la población, esa reforma sigue sin hacerse, y ahora se teme que el nuevo gobierno tome el camino fácil de gravar, con el IVA el consumo de alimentos y medicinas antes exentos.
- El sistema bancario mexicano ha demostrado una y otra vez, concretamente en los últimos seis años, que no obstante la necesidad de contar con mecanismos e instituciones capaces de financiar el desarrollo económico en condiciones adecuadas, de hecho ha sido incapaz de hacerlo y de recuperar lo que ha prestado, tenedor de enormes carteras vencidas y responsable de cuantiosas pérdidas, una profunda descapitalización e incluso corruptelas y actos ilícitos que de no haber sido por el apoyo del gobierno –vía Fobaproa–, habrían desenlazado en el total incumplimiento ante sus depositantes y otros inversionistas y la quiebra de la mayor parte de los bancos. Y hasta ahora ni ellos ni el gobierno –concretamente el nuevo, pese a que se repite a menudo que se combatirá la corrupción– han denunciado a quienes procedieron incluso de manera delictuosa y debieran ser sancionados. Entre otros problemas, acaso el más grave es que el sistema bancario no apoye adecuadamente actividades económicas fundamentales para fortalecer el desarrollo económico nacional.
- Y a todo ello podría añadirse que siguen en pie muchos viejos problemas. Por ejemplo, si bien desde hace años se asegura que el problema agrario está ya resuelto y que la reforma cumplió su cometido y terminó, bastaría ver lo que ocurre en Chiapas para comprobar que hay regiones a las que ni siquiera llegó esa reforma, y aun en no pocas de aquellas en las que se modificó la tenencia de la tierra, todavía falta mucho por hacer.

Lo mismo podría decirse de la desigualdad del desarrollo, los bajos niveles de organización y la ineficiencia que prevalecen en múltiples campos, el defectuoso e injusto régimen de intermediación comercial y los graves problemas sociales –desde la inseguridad a los dramáticos contrastes de riqueza y miseria– que inciden desfavorablemente en la economía.

Pues bien, lo que subyace a tales problemas, o sea, sus causas reales no son de coyuntura sino de fondo, esto es propiamente estructurales como el subdesarrollo, que pese a todos los cambios persiste; la prolongada y profunda crisis que no se logra superar y la cambiante dependencia también estructural y ahora no sólo del capital monopolista nacional y extranjero, sino de la mundialización del capital, sin precedente.

Desde luego una nueva política económica ayudaría a resolver esos problemas. Sin duda, sería importante contar con una política industrial, de la que se carece, así como con una mejor política fiscal, monetaria, cambiaria, bancaria y comercial; mayor atención al desarrollo agropecuario, creciente apoyo a la educación y capacitación, desde la escuela primaria hasta la superior y la investigación científica, y en fin, una política de empleo y salarios que realmente redistribuya el ingreso, impulse el desarrollo y beneficie a los trabajadores. Pero aun ello no bastaría porque los problemas no son meramente económicos sino también sociales, políticos, culturales y de otra naturaleza. Lo que se requiere, por tanto, es construir una estrategia de desarrollo de largo alcance, que sea capaz de cubrir ese amplio espectro y de actuar sobre su dinámica interna y sus mayores contradicciones. Tal estrategia sólo podría llevarse a la práctica bajo una genuina democracia, en la que el pueblo, o sea, la mayoría de la población construya y ejerza un poder de nuevo tipo y sea quien tome las decisiones más importantes, en ejercicio de una soberanía que a su vez requerirá que México no proceda en forma aislada sino conjugando esfuerzos con otros pueblos e integrándose y uniéndose en primer lugar con los pueblos hermanos de nuestra América.

La integración regional latinoamericana, o sea, la posibilidad de trabajar conjuntamente, unirse, y en alguna medida apoyarse mutuamente, no es fácil. Pero tampoco es una utopía. Lo que es utópico es pensar que, en las condiciones actuales puede aspirarse a un capitalismo humano, sin imperialismo, sin explotación, desigualdad, dominación y dependencia, o como algunos creen, a un capitalismo sin grandes empresas, de prósperos pequeños propietarios que den al sistema una proyección racional y pueden satisfacer las necesidades de todos.

Y esto tampoco significa, desde luego, que nada puede hacerse. La posibilidad de luchar porque las cosas sean mejores no se ha cancelado y depende fundamentalmente de lo que hagamos. Mientras carezcamos de ellas habrá

razón para luchar por nuestra libertad, independencia y mejores condiciones de vida. Y, por fortuna, numerosos ciudadanos comunes y corrientes, hombres y mujeres, de aquellos que hasta hace poco tiempo permanecían en actitud pasiva y al margen, empiezan a cobrar conciencia de la necesidad de un cambio y de que ellos, si se organizan y actúan con decisión, pueden jugar un papel muy importante en ese proceso.